

El sí mismo y lo “actual” en la obra de Michel Foucault

Hernán Ulm

Mi objetivo no ha sido analizar los fenómenos del poder ni sentar las bases de tal análisis- He pretendido más bien elaborar una historia de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura; desde esta óptica he tratado de tres modos de objetivación que transforman a los seres humanos en sujetos¹.

Michel Foucault

El sí mismo y la actualidad del pensamiento

No es fácil intentar encontrar una clave a partir de la cual resumir el pensamiento foucaultiano en su conjunto. En primer lugar, porque él mismo rehuye y rechaza a la idea de la totalización, su propia obra puede leerse como las sucesivas reinterpretaciones que él mismo realiza de sus trabajos anteriores. En segundo lugar, porque concurren en su pensamiento una multiplicidad de temas y perspectivas de apariencia antagónica que dificultan todo intento de sistematización. Finalmente, porque el propio Foucault (1996a: 97) gusta de ir sembrando a lo largo del desarrollo de su pensamiento huellas falsas, recorridos inconclusos, reformulaciones “contradictorias”:

Es por eso también que cuando me dicen: ‘Bueno, pensaba eso hace pocos años y ahora dice algo distinto’, mi respuesta es (risas) ‘Bueno ¿cree que he trabajado tanto todos estos años para decir lo mismo y no haber cambiado?’ Esta transformación de uno mismo por el propio conocimiento es, en mi opinión, algo cercano a la experiencia estética ¿Para qué pintaría un pintor sino para ser transformado por su propio trabajo.

Nos hemos ya acostumbrado a dividir la obra foucaultiana en tres etapas sucesivas: la “arqueológica”, la “genealógica” y, por último, la de las “problematizaciones”, queriendo dar cuenta de cierta articulación temática: “saber”, “poder” y “ética”. Sin embargo, detrás de esta división, sostenemos que es posible observar ciertos lazos de “continuidad” que permiten recorrer el camino de la obra de Foucault más allá de esta clasificación:

Si bien es cierto que el pensamiento de Foucault ha conocido numerosas reorganizaciones entre comienzos de los años cincuenta y su muerte, no es menos cierto que no se puede uno desprender de la impresión muy fuerte de que sus libros están recorridos por un principio común de inspiración. Por otra parte, es lo que hacía posibles las reinterpretaciones a las que se entregaba cada nueva etapa de su investigación. En este punto no hay contradicción alguna: la oposición entre la continuidad y las rupturas es sin duda un falso debate. Una cuestión de acento” (Eribón, 1995: 58).

¹ Foucault, M. (1988): “Por qué hay que estudiar el poder: la cuestión del sujeto”, en *Materiales de sociología crítica*, Wright Mills, La piqueta, pág. 25.

Así, queremos sostener que la pregunta por los diferentes modos de la subjetividad y la cuestión por lo “actual”, lejos de pertenecer a una de las etapas en desmedro de las demás, atraviesa el pensamiento de Foucault. Tomando como ejes estas dos cuestiones principales, intentaremos mostrar las formas en que ellas se han presentado a lo largo de su obra y centraremos nuestro análisis en torno al concepto de “experiencia” entendida como “transformación” de “lo que somos” en un doble sentido: por una parte, en tanto transformación del sí mismo que somos: el sí mismo entendido como proceso y no como estado; por otra parte esto que somos, como pregunta por la “actualidad” de nuestro pensamiento: cómo aquello que somos, aquello que nuestro pensamiento “es”, podría ser diferente del que es.

Una presentación posible: Foucault y el sujeto moderno

Tres dominios de la genealogía son posibles: Primero, una ontología histórica de nosotros mismos en relación con la verdad, a través de la cual nos constituimos como sujetos de conocimiento; segundo una ontología histórica de nosotros mismos en relación con el campo de poder, a través de la cual nos constituimos como sujetos que actúan sobre otros; tercero, una ontología histórica en relación con la ética, por medio de la cual nos constituimos como agentes morales².

Michel Foucault

Desde sus comienzos, la obra de Michel Foucault está señalada como el intento de llevar a delante un desplazamiento continuo de la Historia de la Filosofía y, particularmente, de aquella tradición llamada Modernidad.

Su “primera” etapa comienza presentándose como una “arqueología” de los modos en que los hombres se han determinado como sujetos frente a la verdad:

Los códigos fundamentales de una cultura –los que rigen su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus cambios, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas- fijan de antemano para cada hombre los órdenes empíricos con los cuales tendrá algo que ver y dentro de los que se reconocerá (Foucault, 1984a: 5).

Se trata en esta primera etapa de mostrar los diferentes procesos que los hombres atraviesan hasta convertirse en objeto de conocimiento para sí mismos en tanto Sujeto: el Sujeto, no es punto de partida sino punto de arribo; no el principio universal a partir del cual la Historia encuentra su Sentido sino un momento, históricamente localizable y “próximo a desaparecer” en el que el hombre se encuentra como centro de su propia reflexión acerca de las palabras y las cosas.

En su “segunda” etapa emprende, “genealógicamente”, el estudio de las diversas formas en que los hombres se han determinado con respecto al poder. De qué manera ciertas prácticas sociales pueden constituirse como dominios de saber, haciendo aparecer nuevas formas de sujetos y sujetos de conocimiento:

Sería interesante que intentáramos ver cómo se produce, a través de la historia, la constitución de un sujeto que no está dado definitivamente, que no es aquello a partir de lo cual la verdad se da en la historia, sino de un sujeto que se constituyó en el

² Foucault, M, 1996a: 62.

interior mismo de ésta y que, a cada instante, es fundado y vuelto a fundar por ella (Foucault, 1983: 16).

En esta segunda etapa, lo que intenta Foucault es mostrar las relaciones que se pueden establecer entre verdad y poder y la forma en que los hombres devienen en este juego de relaciones, sujetos de dominación posible.

Más allá de las polémicas que las obras de los diferentes periodos han suscitado (polémica en la que el propio Foucault mantiene un activo rol, rechazando parte o el conjunto de sus obras anteriores, respondiendo a sus críticos, anticipándose a ellos), en el paso por estas sucesivas etapas se establecen ciertos conceptos que aparecerán de manera recurrente a lo largo de toda su obra:

- Las palabras y las cosas forman series separadas, escindidas entre sí y la forma en que las relaciones entre estas series se establecen no remite a un principio "original", "verdadero", sino que, más allá de toda idealidad de sentido posible, esta misma idealidad supone siempre la pre-existencia de un a priori material o histórico que las ha hecho posibles: "Así, la positividad desempeña el papel de lo que podría llamarse un *a priori histórico*" (Foucault, 1999: 215)³.
- Ya en **El Orden del Discurso** queda establecido que el mundo no es reducible al pensamiento y que en vano la filosofía ha querido suturar esta escisión mediante la formulación de la evidencia cartesiana, o mediante el "intercambio generalizado de signos". Lo que el hombre hace para llevar a cabo la tarea de hablar del mundo es "inventar" estas relaciones, "ficcional" (pero aquí, invento y ficción, al igual que "poder" no tienen un sentido de negatividad, sino, por el contrario, es expresión misma de la positividad de la **experiencia** del hombre en el mundo: las invenciones son las maneras positivas en las que se efectualizan tanto los juegos de poder como los juegos de saber).
- Estos procesos de ficcionalización encuentran su punto culminante en la Modernidad en la forma del Sujeto (como modo de sujeción a la verdad y al poder).

Se establecen, de esta forma, los ejes de ruptura y desplazamiento del pensamiento de Foucault con respecto de aquella tradición Moderna. Por un lado: "El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizás también su próximo fin" (Foucault, 1984a: 375). Por otro lado, la Modernidad lejos de ser vista como el proyecto emancipatorio que culminaría en la liberación de los hombres de las cadenas de la opresión, es vista como un momento más en la larga historia de las sucesivas dominaciones que los hombres ejercen unos sobre otros.

La "última" etapa del pensamiento de Foucault intenta "rebasar" este modo de pensar "moderno" a partir del Sujeto. Y supondrá una doble exigencia:

- Exigencia de transformación del sujeto como modo de sujeción a favor de la construcción del sí mismo como elaboración de modos de subjetividad en tanto que alternativa ética de su propia constitución;
- Exigencia al pensamiento para pensar en contra de la evidencia de lo que ya es.

³ Acerca de la importancia de la fenomenología en el pensamiento de Foucault, véase la cronología presentada por Miguel Morey en Foucault, M. (1999): *Obras esenciales Vol. I: Entre literatura y filosofía*, Paidós.

Experiencia y sí mismo: la ética como estética de la existencia

Más aún, la fenomenología trata de interpretar la significación de esa experiencia diaria de manera de reafirmar el carácter fundamental del sujeto, del yo, de sus funciones trascendentales. A diferencia de esto, la experiencia, de acuerdo con Nietzsche, Blanchot y Bataille, tiene la tarea de desgarrar al sujeto de sí mismo, de manera que no sea ya el sujeto como tal, que sea completamente 'otro' de sí mismo, de modo de llegar a su aniquilación, su disociación⁴.

Michel Foucault

Toda vez que se ha establecido la fragilidad histórica del estatuto del Sujeto como "sujeto universal de conocimiento" y su rol en el juego de la dominación de las sociedades disciplinarias, aparece la necesidad de encontrar una opción que permita una salida que escape a las determinaciones del saber y el poder ya constituidos.

Foucault encontrará en la ética la alternativa de una construcción posible para el hombre, más allá de los saberes que intentan estabilizarlo y de los poderes que intentan penetrarlo. La fórmula no deja de parecer extravagante a la luz de los desarrollos anteriores de la obra foucaultiana: Foucault, el antihumanista, el que había señalado la muerte del hombre, el que había cuestionado el estatuto de las ciencias sociales como ciencias disciplinarias, viene ahora a reivindicar el lugar de la ética y de la subjetividad como herramientas a través de las cuales consolidar un espacio posible para la liberación del hombre.

Pero ante todo ¿qué debemos entender por ética?:

La ontología crítica de nosotros mismo debe ser entendida no como teoría, ni como doctrina, ni tampoco como un cuerpo de conocimientos durables que va en aumento; debe ser concebida como actitud, un *ethos*, una vida filosófica en la que la crítica de lo que somos sea al mismo tiempo análisis histórico de los límites que se nos imponen y experimentación de la posibilidad de transgredirlos⁵.

La ética es ante todo una actitud, una experiencia de lo que somos, una experiencia de la posibilidad de **transgredir** esto que somos. La ética aparece aquí como la experiencia mediante la cual podemos ser algo distinto de esto que somos: la experiencia de aquello que nos diferencia de nosotros mismos. Frente al "yo" que quiere ser el punto de estabilidad cotidiano en el que me encuentro con lo Mismo, la ética es la experiencia de la constitución del sí mismo como experiencia transformadora. La experiencia ética se presenta entonces como aquella que "desgarra" al Yo de lo que ya es: la experiencia ética es lo que le permite al Yo devenir otro del que ya es: "P: ¿Eso significa que el sujeto no es una sustancia? R: No es una sustancia. Es una forma, y esta forma no es, por sobre todas las cosas ni siempre, idéntica a sí misma" (Foucault, 1996a: 156).

Para terminar de comprender este sentido de la experiencia ética, es necesario determinar qué entiende Foucault (1992, 127-129) por transgresión:

La transgresión es un gesto que concierne al límite (...) Nada es negativo en la transgresión. Afirma el ser limitado, afirma lo ilimitado en lo que ella brinca,

⁴ Foucault, M., 1996a: 12.

⁵ Foucault, M. (1986) "Por qué hay que estudiar el poder; la cuestión del sujeto"; en *Materiales de sociología crítica*, Wright Mills, La piqueta, pág. 36.

abriéndolo por primera vez a la existencia (...) ...y dejar solamente lo que en ella pueda designar al ser de la diferencia (Foucault, 1996b: 127-129).

La transgresión no es pues la negatividad frente a la ley, frente al código de la moral. No es la mera subversión de ese código, sino más bien la afirmación de la diferencia: la afirmación de la constitución del sí mismo frente a ese código que dice lo que “debe ser” la conducta del sujeto. La afirmación de la diferencia frente a lo que ya y desde siempre es, determinado de antemano por ese código. La transgresión es ese gesto que, señalando el límite de lo limitado, y saltando por encima de él, da existencia a un ser distinto del que el Yo es. Una forma de ser que no preexiste a la transgresión misma (el gesto señala únicamente el límite, pero no anticipa la resolución del conflicto), sino que adviene al ser por el movimiento que produce la diferencia misma. El sí mismo, es pues, el salto que se produce por sobre el Yo. Es la afirmación de una existencia distinta, distanciada y diferente de la que el Yo ya es.

Como vimos anteriormente esta experiencia de transgresión y transformación de uno mismo, supone un cierto tipo de conocimiento. Un conocimiento que no es sólo saber teórico, sino también un conocimiento de lo que sí mismo es: “D’un bout a l’autre de la culture antique, il est facile de trouver des témoignages de l’importance accordée au ‘soui de soi’ et de sa connexion avec le thème de la connaissance de soi” (Foucault, 1984b: 353). Y este conocimiento de sí mismo, es visto por Foucault como cercano a la experiencia estética. Veamos en qué sentido: es una experiencia estética en tanto que la experiencia ética no se confunde con la moral, entendida esta última como el conjunto de códigos que regulan la conducta de los hombres. No es esta forma codificada la que interesa a Foucault, sino el modo en que los hombres, a lo largo de las diferentes épocas, han modelado su conducta en relación a los mismos:

Además, las prescripciones morales tienen otro aspecto, que la mayoría de las veces no se separa como tal, pero creo que es muy importante: el tipo de relación que se debe tener con uno mismo, lo que yo llamo ética, y que determina cómo el individuo debe constituirse a sí mismo como sujeto moral de sus propias acciones (Foucault, 1996a: 63).

Vemos cómo de esta manera, comienzan a perfilarse las vías de escape que prefigura Foucault. Resumiendo: la ética es ante todo un cuestionamiento de los límites en los que somos. Es, en este sentido, un cuestionamiento sobre los límites de nuestro pensar: ¿hasta dónde nos es posible pensar distinto de cómo pensamos? Pero este cuestionamiento no es una mera pose teórica, sino ante todo una experiencia. La ética se presenta así como una forma de **problematizar nuestra experiencia**. Problematizar nuestra experiencia es cuestionar los límites de lo que somos; es abrir la posibilidad de experimentar formas distintas a esto que somos: transgredir aquello en que nos permitimos ser. Es, en última instancia, encontrar modos distintos de existencia. **Modos de existencia** que no existen, y que es necesario, por lo tanto, **crearlos, inventarlos**. Modos de existencia que van más allá de esto que, regularmente, el discurso que nos habla y el poder que nos regula, nos permiten ser. La experiencia, como transgresión de los límites de lo que es, es en este sentido, “**impugnación**”⁶ del presente que somos.

⁶ Acerca de la noción de “impugnación”, véase la nota nº 5 del “Prefacio a la transgresión” en *De Lenguaje y literatura*, España, Paidós, 1996.

Es en este punto en donde la apropiación de la antigüedad, en particular la apropiación del estoicismo, le ofrece a Foucault un modelo a partir del cual “actualizar” la problemática del “sí mismo”: “Esta teoría de los deberes o acciones apropiadas permite al filósofo orientarse en la incertidumbre de la vida cotidiana al proponer elecciones verosímiles, que nuestra razón puede aprobar sin jamás tener la certeza de actuar bien” (Hadot, 1998: 151). El estoicismo ofrece, de esta forma, una ética que prescinde en cierto modo del conocimiento efectivo de lo que es la virtud, pero ofrece a cambio la posibilidad de un conocimiento de sí mismo que nos transforma en hombres virtuosos:

El rechazo del ideal contemplativo hace concebir la propia filosofía como una actividad, como la práctica de una técnica, aunque tal técnica sólo prefigure la actividad verdadera, reservada al sabio (...) La sabiduría estoica no es ni un don, ni un vago estado de ánimo, ni tampoco, como tienden a creer los modernos, se reduce a la moral. Si las tres disciplinas filosóficas pueden ser denominadas virtudes, es precisamente porque no existe, en el estoicismo, una moral *strico sensu* (Goldschmidt, 1972: 280-281).

Y si interesa este aspecto del pensamiento antiguo es porque:

...si je me suis intéressé à l'Antiquité, c'est que, pour toute une série de raisons, l'idée d'une morale comme obéissance à un code de règle est en train, maintenant, de disparaître, a déjà disparu. Et à cette absence de morale répond, doit répondre une recherche qui est celle d'une esthétique de l'existence (Foucault, 1984b: 731-732).

La ética del cuidado de sí es una estética de la existencia, en tanto nos obliga a realizar un trabajo creativo sobre nosotros mismos. En primer lugar, nos exige la creación propia del sí mismo. Nuevamente, frente al “yo” que se aparece como lo más cotidianamente evidente, en tanto se encuentra desde un principio sujetado a los códigos que se le imponen o a los saberes que lo dicen, el sí mismo debe crearse ante todo más allá de esa cotidianeidad de lo que ya, y desde siempre, es la identidad de ser el Mismo:

...je pense effectivement qu'il n'y a pas un sujet souverain, fondateur, une forme universelle de sujet qu'on pourrait retrouver partout (...) Je pense au contraire que le sujet se constitue à travers de pratiques d'assujettissement, ou, d'une façon plus autonome, à travers de pratiques de libération, de liberté, comme, dans l'Antiquité, à partir, bien entendu, d'un certain nombre de règle, styles, conventions, qu'on retrouve dans le milieu culturel (Foucault, *ibid.* : 733).

Esta experiencia ética se define, entonces, como una hermenéutica del sujeto, entendiendo aquí que sujeto no remite a la forma del universal moderno. Es hermenéutica en tanto **indagación** por el sentido de lo que el sí mismo es. Es hermenéutica en tanto **transformación** de lo que el sí mismo es. Es hermenéutica en tanto que no es una mera “teoría” o “doctrina” que aumenta nuestros conocimientos sino una **ontología crítica de nosotros mismos** en la que cada vez, no vemos **distanciados** de aquello que éramos, en la que cada vez **devenimos otro** de aquel que somos: “Pero es parte de la función de la memoria y la cultura la reactualización de cualquier objeto que haya estado presente. La repetición siempre es posible; la petición con aplicación, transformación”(Foucault, 1996a: 131). La reactualización del pensamiento antiguo, en especial del pensamiento estoico, es posible mediante la aplicación, entendida ésta como aquello que, antes de cuestionar la legitimidad del pasado en tanto tal, lee ese pasado como cuestionamiento del estatuto de nuestro presente histórico, no para volver a una “perdida edad de oro”(Foucault: op. cit: 54-62) sino como exigencia de transformación del mismo:

Hermenéutica del sujeto se inscribe por consiguiente en un marco de crítica de lo establecido –y por tanto de crítica del pensamiento establecido- que encuentra su razón de ser en un compromiso por la verdad y por la libertad, ya que es en la violencia instituida en donde se fragua a la vez el sometimiento y el sufrimiento de muchos seres humanos: ¿no está inscrita en realidad esa violencia en unos valores morales y en unas relaciones de poder que tienden a regular las conductas y a negar las prácticas de libertad? (Álvarez Uría, 1996:12).

En síntesis frente al Sujeto, frente al Yo, que se determina como un estado, acabado, final y predefinido a partir de saberes y poderes ya constituidos y que lo establecen como tal, el sí mismo se “determina” como un proceso inacabado e inacabable, que se “define” en las sucesivas transformaciones que se operan en los distintos modos de existencia, mediante los cuales se establecen relaciones de diferencia frente a esos mismos saberes y poderes ya constituidos.

Experiencia y pensamiento: la pregunta por lo “actual”

Me pregunto si uno de los grandes roles del pensamiento filosófico desde la cuestión kantiana “Was ist Aufklärung?” no podría ser caracterizado diciendo que la tarea de la filosofía es describir la naturaleza del presente y de “nosotros mismos” (...) No se trata simplemente de una simple caracterización de lo que somos, sino en cambio –siguiendo líneas de fragilidad en el presente- de poder comprender por qué y cómo lo-que-es, podría no ser más lo-que-es⁷.

M. Foucault

De esta forma, la indagación acerca del “sí mismo” implica también una nueva alternativa para el pensamiento filosófico. Una alternativa que se encuentra por tanto profundamente arraigada en el planteo ético de la que deriva.

La historia de la filosofía (o al menos gran parte de ella) juega su destino en torno a una pregunta central: ¿qué es la filosofía? Desde Platón hasta Heidegger, desde Kant hasta Deleuze, de manera explícita o implícita, los filósofos se han visto en la necesidad de determinar una respuesta posible a esta pregunta. En nuestro siglo, fue Heidegger sin duda quien vino a poner de relieve y en toda su dimensión la cuestión de lo que la filosofía es. La influencia de este pensador en la filosofía contemporánea queda atestiguada por el propio Foucault (1984b: 703): “Certainement, Heidegger a toujours été pour moi le philosophe essentiel”.

¿Qué es la filosofía para Michel Foucault? ¿Cuál es la actividad que le cabe a esta forma del pensamiento al que, desde distintas perspectivas, quiere declararse su muerte?

Ya hemos anticipado anteriormente ciertos aspectos que apuntan a dar una respuesta a esta pregunta.

La filosofía es, primeramente, ontología crítica de nosotros mismos. Ontología crítica en relación a la verdad, en tanto sujetos constituidos como sujetos de conocimiento; ontología crítica de nosotros mismo en relación con el poder, en tanto sujetos constituidos

⁷ Foucault, M., 1996a: 121.

que actúan unos sobre otros; ontología crítica de nosotros mismos en relación a la ética, en tanto nos constituimos como agentes de la moral.

Vimos también que esta ontología crítica, puede ser determinada, ante todo, como una forma de experiencia: experiencia que abre la posibilidad de transgredir los límites a partir de los cuales somos y pensamos.

Resumiendo, podemos decir que la filosofía es la experiencia que el pensamiento hace en tanto crítica del presente: la filosofía es, para reiterarlo con palabras foucaultianas, pensamiento de lo **actual**: “Más bien, lo que intento es experimentar por mí mismo –pasando a través de un determinado contexto histórico-, experimentar lo que somos hoy, no sólo lo que fuimos, sino también lo que somos actualmente” (Foucault, 1996a:13).

Foucault retoma así, desde su perspectiva, el aspecto fundamental del pensamiento kantiano: la pregunta por lo actual:

Je voulais, d'une part, souligner l'enracinement dans l'Aufklärung d'un type d'interrogation philosophique qui problématisait à la fois le rapport au présent, le mode d'être historique et la constitution de soi-même comme sujet autonome; je voulais souligner, d'autre part, que le fil qui peut nous rattacher de cette manière à l'Aufklärung n'est pas la fidélité à des éléments de doctrine, mais plutôt la réactivation permanente d'une attitude, c'est-à-dire d'une *éthos* philosophique qu'on pourrait caractériser comme critique permanente de notre être historique (Foucault, 1984b: 571).

Como vemos, se reúnen en este análisis que Foucault hace del texto kantiano, aquellos aspectos esenciales que hacen a la determinación de lo que para él es la filosofía: un **ethos**, una actitud. Una actitud que se caracteriza primera y fundamentalmente como crítica de nuestro ser histórico. La filosofía es el modo en que se **problematiza** la experiencia de ese presente en el que nos podemos constituir como sí mismo. Es decir, **problematización** no de los estados que somos, sino de los procesos que **devenimos**.

Frente al presente, que insiste en la perseverancia de ser lo que ya es, el pensamiento debe aventurarse en aquello que el presente no puede pensar: debe aventurarse por lo impensado en el pensamiento. Transgredir es límite que el presente es, y que intenta conservarse en lo que ya-es-su-propio-ser-presente, imponiéndose como la imposibilidad de pensar la diferencia con él mismo: con ese presente que es siempre lo Mismo. La pregunta por lo actual indica el gesto interrogativo por el cual es posible pensar distinto de cómo pensamos. Lo actual es el gesto por el cual pensar es pensar contra nosotros mismos:

Hay momentos en la vida en los que la cuestión de saber si se puede pensar distinto de cómo se piensa y percibir distinto de cómo se ve es indispensable para seguir contemplando o reflexionando (...) Pero ¿qué es la filosofía hoy –quiero decir la actividad filosófica- sino el trabajo crítico del pensamiento sobre sí mismo? ¿y no consiste, en vez de legitimar lo que ya se sabe, en emprender el saber cómo y hasta dónde sería posible pensar distinto? (Foucault, 1984c: 10-11).

¿Cómo y hasta qué punto esto que pensamos podría no ser más lo que es? El pensamiento, como pensamiento de lo actual es entonces la experiencia de un pensamiento que quiere ser pensamiento de la diferencia: “Diagnosticar el presente, decir qué es el presente, señalar en qué nuestro presente es absolutamente diferente de todo lo que él no es, es decir, de nuestro pasado, tal puede ser la tarea que le ha sido asignada hoy a la filosofía”(Foucault, 1991: 42).

El presente es lo que somos, pero por eso mismo, lo que estamos dejando de ser. Es lo que irremediabilmente se aleja de nosotros mismo. Lo actual, por el contrario, es aquella

pregunta que interroga acerca de aquello por venir, de aquello que pasa, de aquello que nos pasa. Es la experiencia de aquello que nos pasa en la transgresión repetida e irremediable de lo que nos pasa, sobrepasándonos: “En su ontología de nosotros mismos y de la actualidad” (...) “lo que se nos propone en realidad como tarea de reflexión es el análisis crítico del mundo en que vivimos” (Álvarez Uría, op. cit.: 29).

Si, como Heidegger quería, pensar fuera un estar a la espera, una acechanza: “Esperar significa aquí estar al acecho —y esto en el seno de lo ya pensado- de lo no pensado que todavía se oculta en lo ya pensado” (Heidegger, 1994: 122), este estar a la espera acechando, es para Foucault, la experiencia de un pensamiento que quiere rebasar el presente, en la búsqueda repetida de la diferencia que se interroga a sí misma por su actualidad.

Bibliografía

- ÁLVAREZ URÍA, F. (1996): *Prólogo a la hermenéutica del sujeto*, España, Altamira.
- ERIBÓN, D. (1995): *Foucault y sus contemporáneos*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- FOUCAULT, M. (1983): *La Verdad y las formas jurídicas*, España, Gedisa.
- (1984a): *Las palabras y las cosas*, España, Planeta-Agostini.
- (1984b): *Dits et Ecrits*, Vol. IV, Francia, Gallimard.
- (1984c): *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*, México, Siglo XXI.
- (1991): *Saber y Verdad*, España, La piqueta.
- (1996^a): *El yo minimalista y otras conversaciones*, Argentina, Biblioteca de la Mirada.
- (1996b): “Prefacio a la transgresión” en *De lenguaje y literatura*, España, Paidós.
- (1999): *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.
- GOLDSCHMIT, V. (1972): “El estoicismo antiguo” en *Filosofía de la ciencia*, Vol.I, México, Siglo XXI. Bajo la dirección de Brice Parain.
- HADOT, P (1998): *¿Qué es la filosofía antigua?*, México, F.C.E.
- HEIDEGGER, M (1994): “Qué quiere decir pensar” en *Conferencias y artículos*, Ed. Del Serbal.